

cerradas, porque todos sus habitantes se hallaban enfermos y debilitados, de manera que no tenían fuerzas para levantarse á abrir las puertas. Camilo llevaba escaleras, entraba por las ventanas, y de este modo hacia á aquellos infelices participantes de su caridad. No se contentaba esta con sus servicios personales, sino que persuadía á las personas ricas á que concurriesen con sus limosnas para multiplicar con ellas los socorros, y facilitar el alivio de tantos necesitados. Buscaba gente á su sueldo, y hacia que fuesen por los establos y caballerizas, y por otros lugares en donde estaban los enfermos rodeados de cadáveres y ya casi sin aliento. Hacía los conducir á los hospitales y á otros lugares oportunos, en donde por sus diligencias recuperaban la salud, ó morían consolados, recibiendo los santos sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía.

Terrible fué el azote que recibió Roma con esta peste, y sin duda hubiera quedado despoblada, si en Camilo y sus hijos no hubiera preparado sabiamente la divina Providencia el remedio á tantas calamidades. No se acabaron estas con la extincion del contagio, porque de allí á dos años, saliendo el Tiber de madre, causó nuevos estragos, y puso en gran consternacion á todos sus vecinos. Principalmente experimentó los funestos efectos el hospital del Espíritu Santo, adonde llegó la inundacion de las aguas, de manera que ya casi se anegaban los desvalidos enfermos. Apenas llegó á noticia de Camilo este terrible conflicto, cuando voló desolado al hospital, y entrando por el agua en las piezas inundadas, comenzó á sacar enfermos sobre sus propios hombros, y hasta las camas mismas, perseverando dia y noche en aquel trabajo por espacio de tres dias. Igual beneficio experimentaron las ciudades de Nola y de Mialn en tiempo en que la Justicia divina castigaba los pecados de los

hombres con una terrible peste. Morían los infelices en las plazas y calles, apartando el rezelo de perder la vida aun á los mas piadosos de las camas de los enfermos. No sucedió así con Camilo y sus religiosos, quienes, apenas tuvieron noticia de aquella calamidad, corrieron presurosos á remediarla, haciendo sacrificio de sus vidas, siendo menester, en las aras de la caridad. Sucedió así en efecto, porque, pegándose el contagio á cinco de sus hijos, lograron una gloriosa muerte por salvar la vida á sus prójimos. Era sensible esta falta á Camilo, porque advertía que cada uno de aquellos primeros compañeros que se le juntaban era un horno de caridad y un ejemplar vivo de todas las virtudes. Pero como su instituto era todo obra de Dios, y su objeto el servir y consolar á los prójimos en las mas extremadas miserias, cuidaban de su conservacion y propagacion Dios y los hombres. Por cada uno que moría acudían muchos varones piadosos que pretendían abrazar el instituto, siendo los muertos como los granos de trigo del Evangelio, que multiplicaban prodigiosamente los frutos. La mayor parte de las ciudades de Italia pretendía que Camilo estableciese un convento, prometiéndole por su parte ayudar á la fábrica, y proporcionar las subsistencias temporales en cambio de los espirituales socorros que habían de recibir. De esta manera se vió este naciente instituto maravillosamente propagado por toda Italia, en donde se demarcaron varias provincias para establecer con mayor facilidad la observancia regular, el órden y la obediencia. Visitábalas todas el glorioso patriarca por sí mismo, sin que ni lo penoso de los caminos, ni la escasez de los medios entibiasen su ardiente zelo. Los puntos mas esenciales de sus visitas eran únicamente pertenecientes á la caridad. Si se asistía con esmero á los enfermos; si se les regalaba y consolaba; si se les suministraban todos los

auxilios de la religion para sanar sus almas de la culpa al tiempo que se curaban sus cuerpos; si estos esmeros eran mas activos y diligentes con los mas esquerosos; y últimamente, si en las últimas horas de la vida dulcificaban las amarguras de la agonía con palabras de vida que avivaban en los enfermos la esperanza cristiana: tales eran los capitulos de sus visitas, y lo que llevaba las principales atenciones del caritativo padre. Sin embargo, no olvidaba por esto los demás puntos de la regla y constituciones, conociendo que muchas veces entra la relajacion en un cuerpo observante por un pequeño resquicio.

Gozoso se hallaba Camilo con el prodigioso aumento que habia tomado su religion, y con la prosperidad que Dios iba derramando sobre ella; pero al mismo tiempo contristaba su ánimo el verse superior, en cuyo cargo le era indispensable el recibir muchos honores, que aborrecia su humildad, y estar sujeto á un sinnúmero de obligaciones delicadas que tenia su eserupulosa conciencia. Por este motivo consideró que aquella obra tan felizmente principiada creceria con mas rapidez puesta en otras manos, y él viviria mas tranquilo, atendiendo únicamente á la santificacion de su alma y al servicio de sus enfermos. Determinó, pues, hacer renuncia del generalato en manos del cardenal protector; y aunque este purpurado interpuso su autoridad y sus razones para que no se verificase la renuncia, todo fué inútil para con un santo, en quien competian los ardor de la caridad con los abatimientos y humillaciones que solicitaba para su persona. No quiso el protector negar este consuelo al fervoroso y humilde Camilo; y así en el año de 1607 le admitió la renuncia que hizo del generalato, dejándole contentísimo porque ya no tenia que pensar en otra cosa que en prepararse para la muerte, que contemplaba ya muy cercana. No se

contentó el siervo de Dios con renunciar la suprema prelación de su religion, sino que para ejercitarse mas libremente en todas sus virtudes, renunció igualmente la mas minima exencion ó privilegio que pudiese corresponderle por haber sido fundador. Reducido de este modo al simple estado de súbdito, igual en todo á cualquier sacerdote profeso, se retiró al hospital de la Anunciata de Nápoles. En este lugar de piedad se entregó enteramente á los ayunos, á la oracion y á la penitencia, dividiendo entre estos ejercicios y la asistencia de los enfermos toda su atencion y todos sus cuidados. Celebróse por entonces capitulo general en Roma, al que no quiso asistir, huyendo de los honores y dignidades con tanto empeño, como suelen otros poner en pretenderlas. Pero por esto no pudo impedir que el general le diese varias comisiones para visitar los conventos de Génova y Milan, persuadido de que sola su caridad y su presencia podrian arreglar los negocios de aquellas casas. En ellas asistia incesantemente á curar y limpiar los enfermos, entre quienes decia tener todas sus delicias. Muchas noches las pasaba en vela, cuidando mas del bien espiritual de los que estaban en agonía, que de recibir su necesario descanso. A los administradores de los hospitales hacia continuas representaciones solicitando subsistencias para los pobres enfermos; y como conocian el fervoroso zelo y caridad de donde nacian sus solicitudes, procuraban contentarle, persuadidos de que en esto mismo hacian la voluntad de Dios. Evacuadas las comisiones que le encargó su general, pasó á Roma, y alcanzó de él licencia para quedarse todas las noches en el hospital del Espiritu Santo, con el designio de asistir en la agonía á los enfermos de mayor peligro.

Este sitio era el que apetecia su alma para darle todo el desahogo que su ardiente caridad necesitaba.

Allí entabló un tenor de vida que reunia en sí todas las asperezas de la mayor mortificación, todas las dulzuras de la vida contemplativa y todos los ejercicios de la vida activa y officiosa. En la fiesta de todos los Santos del año de 1609 comenzó á adoptar el método de vida siguiente: Todas las noches, despues de dar á su cuerpo el breve reposo de cuatro horas de sueño en un aposento del mismo hospital, bajaba al oratorio, en donde pasaba algun tiempo en oracion delante del Santísimo Sacramento. Visitaba despues todas las camas; y si hallaba alguno que estuviese moribundo, le confesaba y administraba la Eucaristía, poniéndose despues á su cabecera y diciéndole palabras de consolacion con que prepararle á la última hora. Administraba la extremaunción, la Eucaristía ó la penitencia, segun la necesidad del enfermo, sin abandonarle hasta que moria cristianamente, ó le dejaba con las disposiciones necesarias para ello. Finalizada esta visita se volvía al oratorio, en donde tenia una hora de oracion; pero si habia algun enfermo de peligro, la tenia á la cabecera de su cama. Acabada la oracion, volvía á visitar á los enfermos, acomodándoles la ropa, calentándoles los piés, y mudándoles ó enjugándoles las camisas si estaban mojadas del sudor. En tiempo de verano, en que la sed mortificaba extraordinariamente á los enfermos, tomaba un jarro de agua fria, é iba de cama en cama humedeciendo los labios, y refrigerando la boca de los pobres enfermos, que recibían con esta caritativa diligencia un consuelo inexplicable. Iba despues á darles alguna conserva, bizcochos ó algun otro confortativo, segun las necesidades respectivas; y para este efecto pedia limosnas, y se las daban muy copiosas sus devotos. Al tiempo de dar las medicinas acompañaba á los enfermeros, animando á los dolientes, quitándoles la repugnancia que tenían en tomarlas,

con palabras graciosas, dictadas por la caridad. Llegada la hora en que habia de administrar el Santísimo Sacramento á los enfermos, se renovaban todos los esfuerzos de este abrasado serafin. Corria á las camas, preguntaba si tenían necesidad de reconciliarse, los exhortaba á dolerse de sus culpas y á hacer actos de fervorosa contricion. Despues de recibido el viático hacia á los enfermos discursos espirituales, moviéndolos á dar gracias á Dios por el beneficio de haber visitado sus almas, y á llevar con paciencia los dolores de la enfermedad. Acabado esto, hacia las camas, y mudaba la ropa á aquellos que veía que lo necesitaban mas, en cuyo ejercicio sufría con gusto un hedor intolerable. Todo lo referido lo hacia hasta poco despues de amanecer. Á esta hora se retiraba á su aposento, rezaba con quietud el oficio divino, y se curaba aquella penosa llaga, que le martirizó todo el discurso de su vida. Preparábase despues fervorosamente para decir misa, como si los ejercicios anteriores hubiesen podido distraer su espíritu; decíala con mucha atencion, devocion y lágrimas, aplicándola comunmente por los enfermos que estaban en mayor peligro. Acabadas las gracias, se volvía al hospital para la continuacion de sus obras caritativas, hasta que llegaba la hora de comer. Ayudaba á administrar la comida á los enfermos; hacia las camas á los que tenían mayor necesidad, diciéndoles al mismo tiempo muchas palabras de consolacion con un semblante alegre y festivo, y se volvía á su casa. En ella se divertía en leer algunas horas, hasta que, llegada la noche, comenzaba sus ejercicios como en el dia precedente.

Mas de tres años permaneció el santo en este tenor de vida con admirable constancia, hasta que en el de 1612, contemplando el general que su presencia era sumamente útil para avivar en los conventos el

fuego de caridad de que estaba abrasado, le mandó que le acompañase en la visita del convento de Nápoles y de otras varias casas. El año siguiente asistió al capítulo general, en el cual fué elegido el padre Francisco Antonio Nilo por supremo superior de la órden. Inmediatamente comenzó esta su visita; y no obstante la oposicion que hicieron la humildad y tranquilidad de Camilo para no acompañarle en ella, hubo de condescender al fin, animado de los copiosos frutos que el general le prometía. En la santa casa de Loreto dió feliz principio á esta expedicion, diciendo misa, y pidiendo á la Madre de Dios su amparo y favor para el trance de la muerte, que ya presentía. Habiendo visitado las casas de Bolonia, Ferrara, Mántua y Milan, llegó á Génova, en donde los males y achaques que padecía se le agravaron de modo, que llegó á desconfiarse de su vida. Restablecido algun tanto, hizo que le condujesen á Roma, y al entrar en su casa dijo aquellas palabras del Profeta: Aquí será mi descanso. Recibiéronle los religiosos con extraordinaria devocion y regocijo; besáronle la mano como á su padre y patriarca; y solícitos por conservar una vida tan preciosa, hicieron que se echase en cama, en donde le cuidaron y regalaron con el amor y ternura de hijos. Estos esmeros produjeron algun efecto, porque de allí á algunos dias se halló notablemente restablecido. No quiso el santo perder estos instantes de mejoría sin emplearlos en aquellas ocupaciones de caridad que le habian merecido todas las atenciones de su vida. Hizo que le llevasen á la iglesia de San Pedro para encomendar al príncipe de los apóstoles el cuidado y aumento de un instituto tan provechoso. Al pasar el puente de Sant-Ángelo conmovió su corazón de tal manera la vista del hospital de Sancti-Spiritus, que se hizo llevar allá, y apoyado en dos religiosos visitó las camas de los enfermos,

diciéndoles palabras de mucha edificacion y ternura. Todos los ministros del hospital se conmovieron con su llegada; unos le besaban la mano, otros le pedían la bendicion, y todos se animaban mutuamente á andar mas vigilantes, alegando por razon que ya habia venido el padre Camilo. Visitó la iglesia de San Pedro con fervorosa oracion, encomendando al santo apóstol el cuidado de su religion. Íbase poco á poco acabando la vida de este incomparable varon, que debiera ser interminable; pero al mismo paso crecian mas los ardores de su encendida caridad. Pocos dias pasaron, y pareciéndole que tenia algunas fuerzas, hizo que le llevasen á su amado hospital, que era el único sitio donde encontraba algun alivio en las muchas dolencias que padecía. Los esfuerzos que hizo para servir á los enfermos, los muchos discursos con que los animó al amor de Dios y al aborrecimiento de sus culpas, y las lágrimas que vertía sobre aquellos infelices solo se pueden concebir reflexionando sobre aquella heróica caridad, que fué el distintivo de todas sus acciones. « Bien sabe Dios, decia á los enfermos, que quisiera quedarme para siempre con vosotros; mas, ya que esto no me es dado, estad ciertos que me quedo con vosotros con el alma y con el corazón. » De vuelta para su convento le sobrevino un desmayo que le obligó á retirarse á una tienda, de donde, trasladado á su convento, se echó en cama para morir. Luego que se publicó en Roma el peligroso estado de su vida, fué innumerable el concurso de personas de todas clases y estados que acudían á visitarle; pero el santo no recibió sino á personas muy espirituales, cuyos santos consejos podían servirle para lograr una muerte preciosa delante del Señor. En aquellos dias fué admirable el arrepentimiento que manifestó de sus culpas, pidiendo á Dios perdon y misericordia con tanta compuncion y lágri-

mas, como si no las hubiera derramado abundantemente, y satisfecho por ellas en tantos años de piedad y de caritativos ejercicios. Sufrió con una paciencia invencible los muchos dolores y angustias que le ocasionaban cinco enfermedades que padeció á un mismo tiempo, sin que en el discurso de todas ellas se le hubiese oído una sola queja. Agravada, en fin, la enfermedad, se le administraron los santos sacramentos, que recibió con suma devoción é inexplicable consuelo de su alma. Llamó á sus hijos, dióles su bendición, exhortólos al amor fraternal, á cuidar exactamente de los enfermos y al ejercicio de todas las virtudes; y habiendo fijado sus ojos en un santo crucifijo, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesus y de Maria, exhaló su alma con aquella tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito el día 14 de julio de 1614, siendo á la sazón de sesenta y cinco años de edad. Su portentosa santidad fué acreditada por Dios; ya con el suave olor que exhalaba su cadáver, el cual quedó con extraordinaria hermosura, ya con varios milagros que por su intercesión obró la divina Omnipotencia. Benedicto XIV, habiendo precedido el informe correspondiente, le beatificó en 1742, y en el día 29 de julio de 1746 el mismo santo padre le puso con la mayor pompa en el catálogo de los santos.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Bamberga, san Henrique I, emperador, que con su esposa santa Cunegundis guardó perpetua castidad, y ganó para Jesucristo á san Estéban, rey de Hungría con casi todo su reino.

En Oporto, la fiesta de los mártires san Eutropio, santa Sózima y su hermana santa Bonosa.

En Cartago, san Catulino, diácono, cuyo elogio pronunció san Agustín en un sermón al pueblo; y los

mártires san Januario, san Florente, santa Julia y santa Justa, cuyos cuerpos fueron depositados en la basilica de Fausto.

En Alejandria, san Felipe, san Zenon, san Narseo y diez niños, mártires.

En la isla de Tenedos, san Abudemo, mártir, que padeció bajo el poder de Diocleciano.

En Sebaste, san Antioco, médico, decapitado bajo el presidente Adriano; y como viese el verdugo Ciriaco salir leche en vez de sangre de la santa cabeza, se convirtió él también á Jesucristo y padeció el martirio.

En Pavia, san Félix, obispo y mártir.

En Nisibe, la fiesta de Santiago, obispo de aquella ciudad, varón de gran santidad. Esclarecido en milagros y erudición, fué del número de los confesores que, en el tiempo de la persecución de Galerio Maximiano, en el concilio de Nicea condenaron la perversidad de Arrio, oponiéndole el dogma de la consustancialidad. Por el mérito de sus oraciones y las del obispo Alejandro, recibió el mismo Arrio una recompensa digna de su maldad, reventándosele las entrañas en Constantinopla.

En Nápoles en la Campaña, san Anastasio, obispo de aquella ciudad, quien, habiendo padecido muchos ultrajes del impío Servio su sobrino, y sido echado por él de su silla, murió devorado de pesares en Verules, adonde se habia retirado en tiempo de Carlos el Calvo.

En Palermo, la invención del cuerpo de santa Rosalia, virgen, el cual, hallado en el pontificado de Urbano VIII de un modo milagroso, libró á la Sicilia de la peste el año del Jubileo.

En Champana, santa Evronia, virgen.

Cerca de Chinon en la Turena, san Juan del Montier, presbítero, natural de Breñaña.